

## “EL GRITO DE SAN JOSÉ”

“**Los accidentes hablan**”. Esta es una frase que tiene un gran significado para los especialistas en prevención de accidentes, pero que también debiera tenerlo para las autoridades, para los legisladores y para los ciudadanos en general. Y no sólo debiéramos escucharlos con atención sino que, por sobre todo, interpretar correctamente lo que en verdad quieren decirnos.

El desgraciado accidente en la mina San José ha sido un desgarrador grito que se ha escuchado con verdadero estupor de norte a sur y de mar a cordillera, generando las más diversas reacciones: asombro e indignación general; una mezcla de coraje, angustia, dolor, incertidumbre y esperanzas de parte de los familiares; apoyo y anuncio de investigaciones, multas y sanciones por parte de las autoridades; solidaridad y buenas vibras que brotan de la ciudadanía; plegarias y rezos de parte de las comunidades religiosas.

Nadie ha quedado indiferente y, cual más cual menos, todos se han querido hacer presente, con manifestaciones llenas de amor que no dejan de conmover. Somos, en verdad, un país excepcional que acude con generosidad de espíritu ante la desgracia de nuestro hermano cuando surge algún lamentable episodio de proporciones.

Lo que corresponde ahora, una vez que demos lugar a las manifestaciones y reacciones emocionales, del todo humanas, es que demos también lugar, con la serenidad que el caso amerita, a un análisis más racional a partir de la pregunta: ¿Cuál es el mensaje, la advertencia o la enseñanza que a voz en cuello nos grita este accidente? ¿Cuál será la verdadera lección que debemos aprender?

Es verdad que este catastrófico accidente se nos ha mostrado con una crueldad suma. El sólo hecho de imaginarse a 33 personas atrapadas a más de 600 metros bajo tierra, a oscuras, carentes de comunicación y de alimento, llenos de incertidumbres y probablemente con desesperanzas, nos hace estremecer.

Pero es verdad también que cada año son cerca de 400 los trabajadores (seres humanos) que *pierden* la vida en lo que solemos llamar “el acto de *ganarse* la vida”; más de 1.500 personas mueren en accidentes de tránsito; mientras que un número aún mayor pierde la vida en accidentes en el hogar, en el mar, piscinas, lagos u otros lugares de nuestra geografía, dejando un saldo de angustia, dolor y frustraciones inconmensurable. Y muchos más aún son los que quedan con alguna secuela para el resto de su vida.

Es un verdadero flagelo frente al cual nuestra sociedad no puede permanecer indiferente. Pero ... ¿cuál será la más inteligente y acertada decisión que debiera tomar la sociedad chilena para abordar el fondo del problema? Para acercarnos a la correcta respuesta, bueno sería traer a la meza de decisiones lo que tal vez sea la más importante enseñanza que nos legó el ya legendario W.E. Deming cuando decía:

**“Vayan a las *fuentes* de los problemas, porque ahí están las verdaderas fuentes de mejoramiento”.**

En esta línea de pensamiento, es bueno tener presente que la legislación que *obliga* y el control que *sanciona*, si bien necesarios, no son, no han sido ni serán suficientes, por más que se enfaticen o endurezcan. Y no va por ahí la solución de fondo, que es en esencia la que debiéramos privilegiar. La verdadera solución tiene un solo nombre: ***Cultura Preventiva***. Una cultura preventiva sustentada en valores y principios que privilegien el bien común, el progreso sustentable y el bienestar de nuestra gente.

Una cultura preventiva que se anide en la mente y en la voluntad de cada ciudadano chileno, desde la más alta autoridad hasta el más humilde ciudadano; desde el más alto directivo de empresa hasta el más joven trabajador; desde el más anciano habitante de nuestro país hasta los niños que recién comienzan a dar sus primeros pasos.

Ojalá que, mirando al futuro, “*El Grito de San José*” sea la partida de la carrera que con urgencia debemos emprender por la ruta de la prevención, en donde las autoridades de gobierno, los legisladores, los establecimientos educacionales, los empresarios, los trabajadores, los medios de comunicación y los padres de familia asumamos, con altura de mira y mayor responsabilidad, el gran desafío de trabajar positiva y sistemáticamente para el desarrollo de una Cultura Preventiva País.

¡Ojalá!

Samuel Chávez Donoso

Agosto de 2010